



**CONCURSO  
DE ENSAYO**

**GANADORES**



# CONCURSO DE ENSAYO

El concurso de ensayo *40 años de Caicedo: ciudad, arte y juventud* fue una iniciativa impulsada por el Centro LEO (Lectura, Escritura y Oralidad), el Departamento de Artes y Humanidades y la Licenciatura en Lengua Castellana de la Universidad Icesi para promover la escritura académica. Se llevó a cabo durante el segundo semestre del 2017 y premió a tres estudiantes que, en un texto inédito, argumentaron sobre los aportes literarios de Caicedo que se han constituido en un legado para la escena del cine y arte nacional.

Los textos que aparecen en esta publicación fueron seleccionados por cumplir con el ejercicio reflexivo al que invitaba el concurso. Los estudiantes Julian Vidal, Andrés Vargas y Daniela Copete, se arriesgan, con una escritura cuidadosa, a proponer unas miradas renovadas, críticas y creativas sobre la obra de Caicedo, que invitan al lector a volver sobre la producción de quien es considerado uno de los escritores más originales del país.

ENSAYO

# NO.1

JULIÁN DAVID VIDAL

## Generaciones de degeneraciones: Caicedo inmutable

“Odio a Cali, una ciudad que espera, pero que no le abre las puertas a los desesperados [...] Sí, odio a Cali, una ciudad con unos habitantes que caminan y caminan... y piensan en todo, y no saben si son felices, no pueden asegurarlo”

— ANDRÉS CAICEDO, 1966

### INTRODUCCIÓN

Esta es una somera mirada a una vida que empieza después de la muerte. La vida de Andrés Caicedo Estela, escritor colombiano del siglo inmediatamente pasado, estuvo marcada por un estilo particular que mezcla sagazmente el arte, la juventud, las drogas y la urbanidad.

Como diría Caicedo, en su más célebre obra, *¡Que viva la música!*, la vida hay que disfrutarla en la juventud, etapa en la que el tiempo es el recurso que más abunda. Al fin y al cabo, la muerte es una “ley de la existencia” ineludible, ley con la que Caicedo fue obediente y le dio la mano con una buena dosis de medicamentos que acabarían con su vida en 1977. Un joven caleño, que no quiso vivir más de 25 años porque, a su consideración, tal propósito era un sinsentido. Un escritor que seguramente quiso escabullirse de este fútil mundo que, paradójicamente, se ha encargado de darle más vida que la que él incluso llegó a perseguir.

### VIDA Y OBRA SE TERMINAN, ADECUADAMENTE, CON UNA BUENA DOSIS DE SECobarbital

“Soy castaño. Castañísimo. Soy tan castaño, que soy más bien de cabello negrísimo y larguísimo...” ¿Suena familiar? Ese podría ser el comienzo de la historia de un caleño que se quitó la vida con 60 pastillas de secobarbital, bajo la premisa de que vivir más de 25



años era un disparate. Lo cierto es que su obra más representativa, ¡Que viva la música!, empieza con la historia de una rubia rubísima, a la que el “pelo” le brilla tanto, que sólo le basta “aletearlo” sobre la cara de otro para librarlo de una sombra acosadora, la sombra de la muerte.

Quizá por el miedo a perder su brillo, la rubia rubísima no tuvo la valentía de aletear el pelo sobre Caicedo Estela y, de esa forma, salvarle la vida que este logró quitarse por su cuenta, curiosamente, con un fármaco útil para calmar la angustia y la ansiedad, características de su vida y obra. O, tal vez, es que Andrés dejó de aletear su largo cabello negro porque, con mucha probabilidad, él era la misma María del Carmen Huerta, más conocida como la rubia rubísima. ¿Un mundo donde el creador se confunde con lo creado?

Si bien Andrés Caicedo escribió diversas novelas, cuentos y guiones, su obra más representativa es ¡Qué viva la música! y podría decirse que es ésta la que condensa gran parte de su estilo literario. La

obra de Andrés Caicedo es sumamente descriptiva y se vale no sólo de anécdotas sino también de ubicaciones espaciales que giran mayoritariamente en torno a localidades emblemáticas de la ciudad de Cali, y que denotan los contrastes en términos de clases sociales. Así, para Jaramillo (1986), desde las clases sociales, se tiene que la protagonista de ¡Que viva la música! “pasa de la clase burguesa convencional al encuentro de la clase media e ingresa luego al mundo lumpenizado, convirtiéndose en una prostituta” (p. 44).

Parece sugerirse que la obra de Andrés Caicedo tiene un tinte autobiográfico, toda vez que su narrativa no dista mucho de las vivencias del joven caleño, amante, entre otras cosas, del cine, el baile, la música y la literatura. En ese sentido, lo más probable es que la particular vida de Andrés Caicedo se vea proyectada en sus escritos, tales como ¡Que viva la música!, de tal manera que “lo autobiográfico es un elemento determinante de la autenticidad narrativa de Andrés Caicedo: desde



Fotografía: Diario EL PAÍS/CALI/COLOMBIA

el “yo” se proyecta la narración como experiencia vivida y la literatura se concibe como un modo de vida” (Jaramillo, 1986, p. 45).

Ahora bien, la obra de Caicedo tiene un valor de grandes magnitudes, no sólo como una especie de radiografía de una juventud de los años 70, sino como una posibilidad de ver representada una ciudad llena de historia, como Cali. Se trata de una creación literaria que ofrece una oportunidad de recorrer una ciudad histórica marcada por teatros, escenarios artísticos y movimientos musicales que son tan diversos como la misma ciudad de norte a sur y de sur a norte, de este a oeste, y desde los demás puntos cardinales de la ciudad.

Caicedo, particularmente en *¡Que viva la música!*, ubica al lector en el norte de Cali. Habla de las palmas africanas de la ciudad y de sus raíces, en las que la niña “más prometedora de Cali” hundía la mirada furiosísimamente. De la vegetación de los alrededores de Cali. Del emblemático Hospital Psiquiátrico Universitario del Valle o “San Isidro”, en el que fue atendido Ricardito Sevilla, alias

“Miserable” luego de que se le “corriera la teja” y le fuese practicado un cuestionario que no dejaba más por decir de un Ricardito Miserable que parecía contar con todos los síntomas de una drogadicta y degenerada generación de los años 70. De la Avenida Sexta. De una finca por “Calipuerto”, el llamado así aeropuerto que fue inaugurado en el año 1943 y que antecedía al hoy imponente Aeropuerto Internacional Alfonso Bonilla Aragón, que presta sus servicios a la ciudad de Cali. Del “Cali bello”, que tenía por Reina del Guaguancó a una rubia rubísima. De ese pueblo de Cali que rechazaba, a través de panfletos o afiches, a Los Graduados, Los Hispanos y demás cultores del “sonido paisa”. De El Parque del Perro, el de Las Piedras, San Fernando, el Triángulo o Versalles. Del antiguo teatro Bolívar. Del colegio San Juan Berchmans, en donde Caicedo, se dice, abrió sus puertas hacia un universo literario. De un pueblo que aclama a Richie Ray. De la Calle 15. Del Hospital Departamental. De los Farallones de “Kali”. De los barrios: Miraflores, Breñaña, Evaristo García, Salomia, Colseguros, Santa Elena, “Fercho Viejo” y demás. De infinidad de lugares

que evocan un clima caliente, de olor a chontaduro y diversos frutos que rodean a la capital mundial de la salsa, a la Sursal del Cielo.

Lo anterior es, por ventura, lo que, según Jaramillo (1986), permite darle una valoración estética a la novela y última obra de Andrés Caicedo, ¡Que viva la música!, puesto que de ella resalta la autenticidad. Sus escritos son una mezcla de conflictos de una generación y de una sociedad que está en búsqueda de su identidad y de sus valores. Es una creación literaria caracterizada por la multiplicidad de anécdotas y perspectivas de la vida de un autor que dejó a muchos lectores con historias inconclusas como consecuencia de su esmero en suicidarse con el fin de no vivir una vida “insensata”.

Empero, aún cuando Caicedo no se había aventurado a escribir el libro que ya no era para Clarisolcita, ya se abrían paso otros escritos como *Infección*, diferentes piezas de teatro, reflexiones, relatos como *Patricialinda*, *Destinitos fatales*, *Angelita y Miguel Ángel*, *El atravesado*, etc., los cuales se caracterizaban por contar historias, más allá de lo común, sobre: amor, fiestas, clases sociales, Colombia (pero enfáticamente sobre su “Kali”), problemas sociales, el cuerpo, la drogadicción y todo aquello que explora las condiciones más impresionantes que puede el ser humano llevar consigo.

Pero, acaso, lo que con mayor destreza lograba Luis Andrés era recrear cada una de sus historias en un ambiente citadino con características tan heterogéneas que se requería de varias páginas para lograr recorrerlo. En la actualidad, a muchos se les dificulta conocer una ciudad que va más allá de su comunidad, de su barrio, de su comuna. Quien vive en el sur es desconocedor, con alta probabilidad, de aquellos lugares que resultan interesantes en ese norte caleño un poco más

poluto...lo mismo sucede eventualmente con quien vive en el sur...ini decir de esos que nunca han ido al centro de Cali!

Apropiarse de la ciudad es una tarea ardua, toda vez que se requiere de consumir: ver teatro, disfrutar musicales, visitar museos, ir al cine, visitar centros comerciales, centros universitarios, i perderse en las calles! y muchas cosas más. La literatura del “melenudo” tiene ese valor agregado: a través del papel y la tinta (o de las pantallas *e-book* actuales) permite explorar una ciudad llena de vicisitudes.

Basta explorar las distintas creaciones de Caicedo para darse cuenta que la ciudad es el prisma de todo suceso que pretendiera contarle al lector. La ciudad, como elemento integrador de su estilo, era el escenario perfecto para transmitir emociones de muchos matices. Con ello, están de acuerdo Rodríguez y Vera (2008), quienes sugieren que Cali no solo constituye un espacio geográfico para Caicedo, sino que es, a su vez, una especie de “universo” que da forma a su estilo narrativo y moldea sus personajes:

→“La ciudad de Cali es el mundo de Caicedo, el mundo de las mundologías de sus seres decadentes. Allí son espectadores, son los ojos que recorren las calles, el puesto de revistas, la calle despavimentada; caminan y son “con los otros”, con ellos mismos, con la naturaleza, conscientes de una notable metamorfosis: la propia, la de su ciudad” (Rodríguez y Vera, 2008, p. 99).

Pero esa mirada citadina que ofrece Caicedo tiene un tinte que podría catalogarse como “juvenil” o como el de una generación antagonica a la de sus mayores, quienes desean para los pubertos una vida recatada y alejada de toda degeneración. ¿Se trata de una Cali machista, de

una Cali femenina, de una Cali sexualizada? ¿Quién era, finalmente, la heroína de Caicedo? Pues no cabe duda que quien se “robó” el *show* fue la rubia María del Carmen. ¿Pero podría pensarse que esa heroína pudiese ser también la fémica Kali?, ¿o qué tal la altamente adictiva diacetilmorfina? Restrepo (1995) ofrece una tentadora respuesta, conforme a la cual al “humoroso” Caicedo:

→ “[...] no le faltaba risa para saber que su “heroína” connotaba un doble sentido: mirar la ciudad a través de una mujer y observarla bajo el efecto de la droga, la heroína, en una fiesta permanente [...] La ciudad es en buena medida femenina, comoquiera que ha sido la ciudad la que ha traído la emancipación a la mujer, si bien en un principio para que fuera destrozada por el estado y el capital en sus operaciones alquímicas de corte y de separación, o luego como partícipe o cómplice, gracias a la mimesis varonil, de un capitalismo salvado por la incorporación de la mujer como símbolo del deseo o como fuerza de reproducción de sus cadenas” (Restrepo, 1995, p. 135).

Sin embargo, si se asume que una de sus “heroínas” era Cali, se tiene una ciudad que también pasa a ser el eje central de lo que hoy se considera una producción literaria admirable que, claramente, ya es fuente de inspiración de nuevas generaciones de lectores y escritores. En últimas, la heroína Cali/Kali es una fusión de promiscuidad femenina y masculina, sexo, intelectualidad, vanguardia o, quizá, una dosis de degeneración.

Un par de citas extraídas de “Citas a propósito de Andrés Caicedo”, publicadas por el grupo editorial Norma e ideadas por William López, expresan adecuadamente cómo la urbanidad se constituye

en un elemento de la creación retórica caicediana:

→ “LA CIUDAD ES EN ANDRÉS CAICEDO el lugar del odio, de la rebeldía inconsciente, del disconformismo, de la sintomatología de una crisis sin nombre, del rechazo no intelectualizado a un estado del mundo a nombre de otro que no tiene ni nombre ni forma” (William López, p. 34, s.f.)

→ “EL ESPACIO URBANO ES PERSONIFICADO, es tratado como un sujeto más al cual podemos acusar y responsabilizar. Para el narrador-personaje la ciudad es no sólo el lugar de su angustia sino la causa de una muy buena parte de su malestar; también es la causa por la cual él es incapaz de construir una distancia de lo utópico desde dónde ejercer la crítica y el juicio. Todo se va en una constatación de los síntomas de una enfermedad, de una infección, y en la claudicación. La única salida es, tal vez, un lenguaje impotente, una escritura derrotada” (William López, p. 34, s.f.)

Con todo lo dicho, no cabe duda de que los aportes de Caicedo pueden llegar a ser sumamente controversiales y censurables pero también pueden ser el punto de partida para explorar una identidad urbana que para muchos se encuentra perdida. La desbordante migración del campo a la ciudad, como consecuencia, entre otras circunstancias, del conflicto armado, ha generado que Cali sea una ciudad mucho más diversa pero con gran dificultad de encasillarse en un solo tipo de identidad o cultura.

Cali es variedad y en ella se puede viajar desde extremos tan opuestos como el del puritanismo hasta el del degenero en

discotecas, moteles, casas de tolerancia o clubes donde la Cali diurna o nocturna puede ser vista como la ciudad de la diversidad, no solo por su clima, sino por su gente. Los jóvenes, los receptores por naturaleza de los escritos de Caicedo –textos permeados por el arte, el cine y la música-, son quienes tienen la ardua tarea de apropiarse de la Sucursal del Cielo, de Cali, de Kali, para reinventarla, o hacer de ella una “facha rumba... lo altare la araché...el niche que niche... que facha rumba”. Caicedo germinó lo que hoy podría catalogarse como una literatura hecha desde Cali y para Cali, cargada de la fogosidad y excitación que produce Calicalentura.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN...

Caicedo fue un escritor contracorriente. Se arriesgó a mezclar su intimidad con la creación literaria y no tuvo tapujos para hablar de esa juventud caleña que se encuentra detrás de sus uniformes de colegio, o de los libros académicos, o de las calles llenas de miseria, o de esas familias “de bien”: una juventud viciosa, libidinosa y frágil. La obra de Caicedo es elogiada por muchos (“el man hizo algo distinto”), como odiada por otros muchos (algo como “vayan a leer literatura de verdad, qué cuento de Caicedo, si ni siquiera entienden a Hegel”, diría un profesor de una universidad de “gente bien” de Cali).

Lo cierto es que su legado sigue vigente y su genialidad para hacer de la ciudad el escenario de su narrativa es el valor agregado que ha hecho inmutable a un *veinticincoañero* que también quiso ser la heroína de los jovencitos empantana- dos con su propia, devaluada e insopor- table vida. Una vida fácil de desaparecer con una exagerada dosis de fármacos, que con lo único que no pudieron termi-

nar fue con la inmutabilidad de una vida artística y obra que va en generaciones de degeneraciones. Perdón. Error de di- gitación. Lo correcto es: de generaciones en generaciones.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (2010). *El atra- vesado. Andrés Caicedo: Vida y Obra*. Bogotá, Colombia. Grupo Editorial Norma. 113 pp.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (1966). *Infeción: El cuento más alucinante de Andrés Caicedo*.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (2015). *¡Que viva la música!* Bogotá, Colombia. Editorial Alfa- guara. 240 pp.

JARAMILLO SALAZAR, MARÍA DOLORES (1986). *Andrés Caicedo: notas para una lectura*. Bogotá, Colombia. En: UNIV. HUM, - Vol. 15, No. 25 – Ene – Jun. 1986. Rev. Colomb. psicol., Número 4. Pp. 130-137.

RESTREPO, GABRIEL (1995). *Remolino y vértigo urbanos*. Bogotá, Colombia. Rev. colomb. psicol., Número 4, Universidad Nacional de Colombia. Pp. 130-137.

RODRÍGUEZ M., LUIS EDUARDO Y VERA AGUDELO, JEIMY CAROLINA (2008). *Des- composición y decadencia del ser en An- gelitos Empantana- dos de Andrés Caicedo*. Pereira, Colombia. Universidad Tecnológica de Pereira, Facultad de Educación, Programa de español y literatura. 229 pp.

---

#### Julián David Vidal Quintero

Estudiante de Derecho y Ciencia Política en la Universidad Icesi.

ENSAYO

# NO.2

## Que viva la música o el cambio de la sociedad caleña en los 70

DANIELA CLAROS COPETE

Poco queda hoy de aquella Cali donde reinaba la Avenida Sexta. Arriba, por el Calima, se dejaban ver los primeros hippies, gente de “paz y amor”, de chanclas de suela de caucho, de ropa llena de estampados de colores, de gafas verdes, “redonditas, como las de Lennon”. Había un poco de todo, extranjeros de verdad, “andantes” que venían del centro y del sur del continente, otros más de acá, mimetizados entre ellos (Claros, 2017).

A este último grupo pertenecía Hugo, un muchacho de El Templete al que la magia de la Sexta convertía en un “andante” argentino. Su pelo rubio, rizado, ayudaba; su facilidad con el acento, más aún. Junto con Ingrid, su compañera, y el resto de la gallada, fumaban abiertamente marihuana, ahí en la calle, escandalizando a la “gente de bien” que se santiguaba al pasar a su lado. La barba desarreglada de todos ellos, la falta de *brassier* de todas ellas, el pelo largo de ambos, los niños durmiendo al pie de los puestos de venta callejera completaban “el espanto” (Claros, 2017).

Era la vida a corto plazo en su máxima expresión. La manifestación palpable de una generación que con su forma de vivir gritaba que no se trata de vivir mucho, sino de hacerlo con intensidad, de comerse la vida a grandes mordiscos, pues, como decía Andrés Caicedo: “vivir después de los 25 años era una insensatez” (Van der Huck, 2004, p. 123).

Led Zeppelin, los Rolling Stones y Peter Frampton, por sólo nombrar algunos, amenizaban su vida. Casi nadie entendía qué diablos decían las letras, pero eso era lo de menos, lo importante era sentir en el alma el punteo de esa guitarra eléctrica y el *solle* del baterista.

Esa misma música se había “colado” en las casas de la “gente bien” de Cali (Caicedo, 1977), arriba de la Sexta, por Granada y Versailles, y en el Oeste, por la estatua de Sebastián de Belalcázar, los muchachos metían *bareta* para *sollarse* mejor el *rocksito*. La diferencia entre su música y la de los hippies era sólo de tiempo, a ellos les llegaban los vinilos primero porque alguien se los mandaba “de los yores” (Claros, 2017).

En el Barrio Obrero, en el centro de Cali, había desenfreno también...pero de otra variedad. La Feria de Cali de 1968 se había encargado de mostrar una alternativa a la música “burguesa” que ofrecían las grandes orquestas venezolanas. Richie Ray y Bobby



PRIMEROS AÑOS DE LA FERIA DE CALI

Cruz no se imaginaban que ese 26 de diciembre, mientras cantaban su jala jala (Ray, 1966) en la Caseta Panamericana, estaban impactando de una manera descomunal la cultura musical caleña. Con ellos se iniciaría el mito de Cali la Capital Mundial de la Salsa, que se mantiene, hasta hoy.

No había punto de comparación entre las señoriales propuestas de la Billo's o Los Melódicos frente a esa efervescencia que significaba la salsa, ese nuevo ritmo que con sus timbales y trompetas estaba transformando la fiesta en Cali.

(...) EL PUEBLO DE CALI RECHA-  
→ZA A Los Graduados, Los Hispanos  
y demás cultores del "Sonido Paisa"  
hecho a la medida de la burguesía,  
de su vulgaridad. Porque no se tra-  
ta de "Sufrir me tocó a mí en esta  
vida". Sino de "Agúzate que te están  
velando". ¡Viva el sentimiento afro-  
cubano! ¡Viva Puerto Rico libre! RI-  
CARDO RAY NOS HACE FALTA  
(Caicedo, 1977).

Aunque esta gente era más normalita, igual se enfrentaba a la sociedad conservadora de la época que se asustaba al ver cómo la juventud, enfundada en apretados pantalones de terlenka, con camisas estampadas con flores y zapatos de plataforma, movía frenéticamente sus pies, como si el diablo se les hubiera metido al alma, cuando escuchaban las congas de Barreto, la flauta de Pacheco o un pregón del Conde Rodríguez. Esa es la Cali de la que habla Andrés Caicedo. La Cali que se movía entre esos dos extremos, donde los jóvenes más comunes y corrientes tenían algo de ambos mundos, más rock si se vivía más al noroeste, más salsa si se vivía más al sur, pero algo de salsa y algo de rock.

María del Carmen Huerta, la mona que protagoniza la obra maestra de Andrés Caicedo, es la viva expresión de esa dualidad que tenía como único factor común el ser una alternativa a la sociedad conservadora de la época. Se transgredía con lo uno, se transgredía con lo otro, pero se transgredía. Y eso era lo importante.

La gran virtud de Andrés Caicedo no radica en su imaginación, sino en su capacidad para observar la realidad y plasmarla en letras, de construir, con base en ella, situaciones que no solo la recrean, sino que permitan entender los porqué. Para su época, Andrés era un *bicho raro*, contrario al realismo mágico de García Márquez (Careaga, 2008), que ya se hacía notar, lo suyo era la realidad. Estuvo lejos de las tendencias que marcaron el “Boom Latinoamericano”, pero eso era lo suyo, marcar su propio camino.

El periplo de la monita en “Que viva la música” cuenta también cómo llegaron —tarde, si se compara con su aterrizaje en el primer mundo— los alucinógenos a la cotidianidad de la juventud caleña. Habla de cómo meterse un *baretico*, un *periquito* o un ácido, —incluso comerse unos *honguitos* en Pance— no estaba mal, sino que por el contrario, era una actividad esencial para disfrutar la vida.

Meter, explica la monita, se hacía con mojjigatería:

→(...) para que creyéramos, al menos durante tres patadas a la amargura del verso, que venían era a gozar con la música, por las buenas y las sanas. Pero pronto se fueron destapando: sacaron los dos métricos de perico bien envuelto en papel mantequilla (Caicedo, 1977).

Con descaro:

→(...) Imposible. Pero si yo no he visto sino armonía en este país. Y vengo mucho a estos parajes. Siempre encuentro hongos, y no creo que nadie se atreva a mirarme feo con esta paz y este amor que llevo adentro (Caicedo, 1977).

O con crudeza:

→(...) le pedí la jeringa al gordo; me la alcanzó, y dije, fuerte: “bueno, a ver: ¿quién va primero?”. “Mí —dijo el otro, medio calvo, de pelo como techo de paja—. La nieve es mía”. “Entonces arremángate”, mandé sorbiendo, y extraje una porción de lo que había en la cuchara.

Pero se hacía.

Y no es que no se entendieran sus consecuencias, era que no importaban, el daño se producía en el largo plazo y, como se dijo, vivir más allá de los veinticinco no tenía sentido.

→(...) lo que le hace a usted el hongo es secarle hasta la más mínima partícula de alimento para poder asentar esa inmensa burbuja en el estómago, desde donde empiezan las bombeadas de silosibina (...) ¿Cuántas neuronas menos? (Caicedo, 1977).

Caicedo describe también cómo llegó a Cali la liberación sexual, tarde también. En su obra el sexo deja de ser un tabú, de ser algo con lo que las niñas de bien solo se relacionan después del matrimonio, para ser algo que se hace por puro placer, a veces con crudeza, donde prima lo que se siente en la piel, ojalá junto con un *baretico*, para aumentar las sensaciones.

→(...) Entonces ya podía susurrar: “pégate a mí”, y Leopoldo obedecía de súbito, y yo con todo ese humo adentro sentía era las mil volteretas en el pensamiento, ganas de apretar carne dura, esgrimirla triunfante y desgarrar con ella mis entrañas retorcidas y babosas (Caicedo, 1977).

“Que viva la música” muestra también la evolución del rol sexual de la mujer, que de pasivo, por mandato de la religión y las buenas costumbres, evoluciona. La

mujer no es más un mero instrumento de goce, pasa a ser instrumentista:

→(...) yo lo besaba duro en la boca, amarga y de humedad pesada. Pero corregía a tiempo: “No, dulce livianidad. Repliego mis repulsiones. Todo es mío y todo me gusta”. Entonces enroscaba mi lengua, sedosita, en los poros endurecidos y sebosos de la lengua suya, tan grande y larga, y chas, apretaba hasta el crimen la cosota suya que me vibraba encima, y si él se ponía a chillar yo apretaba más y él caía, y mis bordes se volvían esféricos cuando yo me dejaba ir de cabeza en ese cuerpo, de cabeza iba bajando por ese cuerpo soplaba caliente en su montaña, jugos de mi pelo regaban su cara y degustando mi propia lengua y haciendo sonar los labios yo iba desabotonando el modelo exclusivo de su bragueta. (Caicedo, 1977).

Caicedo comprendía tanto la sociedad joven en la que estaba inmerso que no solo la describía, sino que la invitaba a seguir explorándola. Su faceta de promotor de cine así lo comprueba. Fiel a su filosofía de ir contra corriente, creó el Cine Club del Teatro Experimental de Cali [TEC], para mostrar en él lo que no se podía ver en el Aristi, el Calima, el Cid o el Bolívar, los grandes teatros de la época: buen cine, obras de Chabrol, Truffaut y Buñuel, entre otros.

El Cine Club de Cali, explican Arévalo y Alomía (2014):

→(...) sirvió de plataforma para la proyección de las películas más importantes a nivel mundial. Su construcción fue fundamental para conocer el desarrollo del cine, pero también fue importante para comprender la evolución del cine caleño y colombia-

no. Pero quizá, el factor más trascendental a tener en cuenta es el aporte directo que este movimiento hizo a la cultura, pensar en los espacios que congregó el cine alrededor del arte, es hablar de un fenómeno que enriqueció la ciudad y la sociedad.

Caicedo “presume” su saber de cine (y la ignorancia del común) –lo que podría explicar su particular interés por crear un vehículo donde los caleños pudieran “tapar ese bache cultural”–, desde la primera página de “Que viva la música”:

→(...) “Lilian Gish tenía tu mismo pelo”, y yo: “Quién será ésta”, me preguntaba, “¿Una cantante famosa?”. Recién me he venido a desayunar que era estrella del cine mudo. Todo este tiempo me la he venido imaginando con miles de collares, cantando, rubia total, a una audiencia enloquecida. Nadie sabe lo que son los huecos de la cultura (Caicedo, 1977).

La obra de Andrés Caicedo, es claro entonces, permite comprender, no sólo la Cali joven de inicios de los 70, sino la apropiación que ella hace de la ciudad a través del arte, el cine y la música, y entender el trasfondo de cómo todo cambió en ese momento. Y no quiere decir esto que toda la juventud caleña de los 70 viviera los excesos de la monita, ella es simplemente la suma de todos los excesos de la época, y esa suma es lo que constituye el fenómeno social que cambió para siempre las costumbres de la sociedad caleña.

La obra tiene además una cualidad especial, no envejece, conserva su juventud intacta. Su mensaje, a pesar de ser una muestra clarísima de realismo social (Fuguet, citado por Careaga, 2008) y estar adscrita a una época en particular, no pierde vigencia, pues transgredir para

**cine club  
ANDRES CAICEDO**

**SABADO 19 MARZO**

**Ciclo Luis Buñuel**

**LA  
JOVEN**

**con ZACHARY SCOTT - BERNIE HAMILTON**

**Teatro Sn. Fernando**

**12:30 del dia \$ 12**

**Imp Gutiérrez - Tel 791396**

crear siempre será una opción. Rodrigo Guerrero, el productor de la versión cinematográfica de “Que viva la música”, quien nació cinco años después de la muerte de Andrés Caicedo –y por lo tanto, no tuvo como vivirla–, explica muy bien su “permanente actualidad”:

→(...) han pasado más de 35 años desde la primera publicación de ¡Que viva la música! y siempre ha resultado cercana a los jóvenes que la leen y releen encontrándose a sí mismos en sus páginas. Los personajes de María del Carmen, Ricardito El miserable, Mariángela y Robertico, son familiares y por esto, de alguna manera, todos somos un poco dueños de este autor (Rojas, 2013).

¡Que viva la Música! entonces, pero no cualquier música, solo aquella que transgrede, que independiza, que permite romper con el *status quo*, para a partir de ahí empezar a crear una nueva realidad ¿Mejor o peor? Depende de quién lo valore ¿Distinta? Sin duda.

## REFERENCIAS

- ARÉVALO, A. Y ALOMÍA, M. (2014). *Recorrido histórico del cine club de Cali en la década de los 70 y su aporte directo en las producciones cinematográficas del realizador caleño Carlos Moreno* [tesis]. Universidad Autónoma de Occidente: Cali, Colombia.
- CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (1977). *Qué viva la música*. Bogotá, Colombia: Colcultura.
- CAREAGA, R. (2008, febrero 23). Fuguet prepara antología de Andrés Caicedo, el primer enemigo de Macondo. *Diario La Tercera*, p. 53.
- CLAROS, D. (2017). *Entrevista a jóvenes de los años 70* [inédita].
- FUGUET, A. (2008). *Mi cuerpo es una celda. André Caicedo. Una autobiografía*. Bogotá, Colombia: Norma
- GUERRERO, R. [Prod.]. (2015). *Qué viva la música* [film]. Colombia: Itaca Films
- RESTREPO, L. (2013, diciembre 13). Richie Ray y Bobby Cruz: 45 años de un arrebato en Cali. *El País*.
- ROJAS, C. (2013, junio 18). ¡Que viva la música!, la mítica novela de Andrés Caicedo saltará a la pantalla grande. *La Gaceta*.
- VAN DEL HUCK, F. (2004). Andrés Caicedo: suicidio y consagración. *Sociedad y Economía*, 6, 109-132.

---

### Andrés Felipe Vargas Coronado

Estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Icesi.

ENSAYO

NO. 3

ANDRÉS FELIPE VARGAS

## *A la memoria de Andrés Caicedo: “odiar es querer y aprender a amar”*

Una ciudad que está desbordada en apasionamiento, amor y represión por los dos lados que la componen, los mismos que están unidos y al tiempo separados por la Avenida Simón Bolívar, da origen a obras fantásticas, relatos memorables e historias para el recuerdo. En una época de realismo mágico aparece el universo caicediano, quien endemoniado por la realidad da luz a una nueva escritura en un mundo dominado por ilusiones macondianas.

Es Cali, aquella ciudad de las canciones del Grupo Niche, la del mítico Pascual Guerrero, la de la calle 5, la de Pance, el sitio preferido por los jóvenes del grupo que habitó en aquella comuna que llamaron “Ciudad Solar” y la juventud de los años 60 en “Calicalentura”. Aquí fue donde nació este loco apasionado y enamorado de la muerte. La Cali donde María Del Carmen Huerta terminó como puta en la Cuarta con Quince.

El arte aquí, en “Calicalabozo”, es esencia pura de una ciudad que nació para ser reflejo de un país agobiado por la violencia y la desigualdad, y quizá como diría Andrés y la única crítica que creo se le puede hacer a su obra, esta ciudad que él decía era sólo para jóvenes, está diseñada para recibir a toda alma que necesite desahogarse ante el mundo y llenar su historia de vivencias imborrables. Como diría Alejandra López: “Cali es una ciudad donde la belleza, la muerte y la violencia siempre están muy cerca” (Lopez, 2017), los tres aspectos que Caicedo esparce por toda su obra.

“La muerte abre y cierra los ciclos. Inaugura y acaba generaciones, inicia y concluye capítulos. Los que quedamos, los testigos, tratamos de darle una razón y una explicación a lo inevitable. Pero la muerte siempre termina triunfando” (Romero Rey, 2007) expone Sandro Romero Rey, quien dedicó parte de su obra a estudiar a Caicedo. Creo, sólo le faltó un pequeño detalle, que la muerte también puede dejar escrito con tinta indeleble nombres que reposaran para la eternidad en los libros y hemerotecas de quienes dejaron obra intachable en este país.

Faltó escribir que Andrés Caicedo será leído por jóvenes y ancianos, por los siglos de los siglos en la Sucursal del Cielo, y todo rincón del mundo donde la angustia de un alma necesite el cómplice perfecto para eludir de este mundo chambón y jodido por unos instantes.



CARLOS MAYOLO, LUIS OSPINA Y ANDRÉS CAICEDO

Así pues, se sabe que esa brisa maravillosa con la que goza la Cali de Caicedo nunca, por más que pasen los años, dejará de resoplar el cabello de Andrés y mucho menos las hojas de los libros que algún caleño toma con la esperanza de mirar a Cali convertida en un trozo de “Calicalabozo”.

En los cuentos de Caicedo hay un despliegue majestuoso de incertidumbre, angustia, sosiego y amor por la muerte, que transcurre desde la Cali perdida de la Calle Quinta hasta el puente de Juanchito, por donde pasa el Cauca buscando el Magdalena. Porque él se conocía esta ciudad de “*arriba abajo de izquierda a derecha*”,<sup>1</sup> y asimismo ella y sus habitantes le correspondían: “Que dése cuenta que me conocen en San Fercho, por la Quince para arriba, en Siloé, en la Villa, y todo el mundo me saluda, y si la tropa me persigue todas las puertas se me abren” (Caicedo, *El atravesado*, 1971) dice el personaje principal en *el atravesado*, quizá el mismo Andrés.

Pues basta leer su cuento más conocido y para mí, con todo respeto, más hermoso, titulado *Infección*, pues por más que Caicedo decía que su obra cumbre era *Maternidad*, en *Infección* más que en ningún otro se ve reflejado el esplendor de lo que quiso plasmar en su obra. Que odiaba todo, que todo lo aborrecía, dice, pero esto es la forma más sensual de expresar que ama cada rincón de esta ciudad, de sus amigos, cada calle por la que caminaba. De este cuento nace el nombre que da vida al presente ensayo que usted está leyendo: “odiar es querer y aprender a amar” y, por eso cada vez que estaba lejos de Cali tenía una razón para volver, *por eso él regresaba a su ciudad*.<sup>2</sup>

Esta era la ciudad de Andrés: niños jugando en la calle, vagabundos caminando por el pavimento que hierve gracias al astro rey que pega sin piedad, y esperanzas que se frustran a diario en una ciudad donde el diablo carnavalesco pasea día y noche sin aviso. Y por eso cuando

1. Cuento de Andrés Caicedo publicado en 1969.

2. Cuento de Andrés Caicedo. Título original: *Por eso yo regreso a mi ciudad*. Andrés Caicedo, 1969.



LUIS OSPINA, CARLOS MAYOLO Y EDUARDO CARVAJAL  
EN EL RODAJE DE "CALI:DE PELÍCULA" (1973)

© Luis Ospina. Fotografía tomada de: <https://www.luisospina.com>

expresa: "Odio a Cali, una ciudad que espera, pero que no le abre las puertas a los desesperados" (Caicedo) nos quiere contar que ama a Cali, que aquí nació y aquí murió y que por eso la inmortalizó como el paraíso de sus obras, porque no hay otra igual y ni siquiera parecida para poner al ruedo sus personajes, los desesperados. Que ama esta ciudad porque es su casa y la conoce como el fanático de fútbol al estadio de su equipo, porque en ella ve su reflejo y es única, como sus letras, y siente que la mejor forma de devolverle un poco lo que ella le dio, es convertir a "Calicalabozo" en el centro-paraíso del universo caicediano.

Cuando se encuentran los manuscritos de Caicedo hay nombres importantes, vidas que están unidas por hilos que cada vez más se entrelazan para llegar a una cosmovisión inesperada: el cine. Carlos Mayolo y Luis Ospina son de los que más vale la pena resaltar, pues ellos hicieron parte fundamental de lo que se llamó

en su tiempo, el Cineclub de Cali. Ellos fueron los precursores de esa generación (junto a muchos otros jóvenes-artistas) que sembrarían las bases para el cine colombiano y que más tarde terminaría dando como resultado un gran apogeo de la televisión colombiana.

Ellos fueron una generación joven llena de música, literatura, cine y, sobre todo, locura. Como diría el maestro Sacheri: "Hay un momento en la vida en que sentís que el mundo es tuyo" (2015). La generación del grupo de Cali o *Caliwood* es el claro ejemplo de esa frase, pues ellos no sólo lo sintieron, sino que lo hicieron realidad, tomaron posesión de esta ciudad maravillosa para transformar cada lugar en sus obras, en sus presentaciones, en sus rodajes y en su vida diaria.

Sólo nos falta mirar detalladamente el documental de Luis Ospina *Unos pocos buenos amigos* (Ospina, 1986), para darse cuenta de que lo realizado por estos

jóvenes es para recordar como parte de la historia cultural de Cali. Que ellos, viviendo de afán, sintiendo que la vida no les va a alcanzar tocaron cielo en su juventud y pudieron decirle al mundo que lograron todo lo que algún día se propusieron. Este grupo pudo sentir en carne propia lo que es ser feliz, un porro en Pance, una salida a caminar por la Sexta, unos cuantos libros de Poe, las fiestas de cada fin de semana, y todo, claramente, mezclado con aventuras sexuales.

Todo esto lo cuenta Andrés de una manera perfecta, volviendo al lector adicto a sus letras. Hay que aclarar que leer a Caicedo no es fácil y que cuando coges uno de sus textos por primera vez sientes un golpe contra la realidad, porque él es una explosión de vida, un mundo abierto por descubrir. Necesitas paciencia para entender quién es María del Carmen Huerta, para ir descubriendo lo que hay detrás de la carátula de *El atravesado*, para entender que sus cartas son planificadas una a una con tanta perfección que nos dejó letras hasta el día de su muerte.

Hace poco en el documental de Luis Ospina escuché a Nellie Estela, su madre, leer una de las cartas escritas por Andrés antes de uno de sus intentos de suicidio, y era todo tan planificado que la mamá no derramó una sola lágrima. Era como si se supiera que la fecha de caducar con la que llegó a este mundo Andrés cada vez, cada hora, cada minuto, estaba más cerca. Que el hombre que puso a Cali como un paraíso o el mismo infierno en sus obras, como una ciudad endemoniada gracias a su belleza poco a poco iba siendo llamado hacia el lugar que tanto amaba: la muerte.

Andrés Caicedo Estela falleció el 4 de marzo de 1977. Ese día se nos fue el más grande autor que ha dado esta tierra, no solo él, sino cada sonrisa, lágrima, sosiego y angustia que pintó en sus letras. Acabó

con su vida y con ello mandó al cajón de las esperanzas frustradas, las ilusiones de cada lector que soñaría con tener el honor de encontrarse un texto más del creador de *Calicalabo*zo.

### LA VIDA DESPUÉS, SIN ANDRÉS...

Hay algo especial en Andrés Caicedo, y para mí eso lo hace aún más atractivo, único y anacrónico, pues se habla más de él luego de su muerte e inclusive se han publicado más cosas con su autoría después de su fallecimiento. En vida sólo publicó *El atravesado*, uno que otro cuento y decidió partir el día que le entregaron el primer ejemplar de ¡Que viva la *música!*

Sus amigos, pocos, pero buenos, se encargaron con ayuda de la familia Caicedo de recoger su obra, “muere, pero deja obra”, tanto lo repitió que terminó por dejar muchísima, menos mal. Ellos han publicado la recopilación completa de los cuentos de Caicedo, libros como *Mi cuerpo es una celda* y *El cuento de mi vida*, entre otros.

Por eso aquí están sus cuentos, vivos, como nunca, jóvenes, porque al igual que su autor se han negado a envejecer y prefirieron vivir eternamente en la juventud. Los desesperados, los personajes de Andrés seguirán recorriendo *Calicalabo*zo y mirando como poco a poco pagamos el precio de nuestros actos. Quizá como en cuento de Caicedo llegue nuestro final...

A veces, cuando miro transitar la gente por esta ciudad, por las calles, cada una enfocada en su sí mismo, me alcanzo a preguntar qué pensaría Caicedo de lo que algún día fue Cali, su Calicalabozo. Pienso también, que él nunca partió y que todavía recorre la Sexta y sube a Pance. Me lo imagino ya no montado en el Papagayo ruta 15 sino en MIO. Sonriendo con su cabello largo y con un libro de Poe entre brazo y barriga.

Veo al fantasma de María del Carmen Huerta transitar de arriba abajo esta ciudad, la veo hacer sus aventuras y tratar de liberarse del castigo de Andrés. Alcanzo a observar a los amigos de *Angelitos empantanados* contando historias, y pienso en el momento exacto en que el silencio los arropa, ese silencio que aún hoy perdura por esta sociedad que paga el precio de un pasado tenebroso.

Cali se llenó de *tropas bravas*, ojalá Andrés no se revuelque en su tumba por dicha comparación, pero es lo más parecido que se puede encontrar. Díganme si tienen una crítica a la obra de Andrés Caicedo Estela, permítame la pena decirle que este hombre es de los más grandes de la literatura latinoamericana, y qué digo Latinoamérica, mundial, señores, así como lo lee, y sabe qué, es nuestro, sí, nació acá, es de nuestra tierra.

Por eso, cada vez que pregunto a alguien desde que llegué a esta ciudad por Andrés y me responden que no lo conocen, que nunca lo han escuchado y pues obviamente nunca lo han leído, me recorre una sensación de tristeza, de miedo. No concibo que no hayan escuchado de esa generación dorada de los sesenta, siento escalofrío, como Piedrahita cuando escucha el primer sonido con el que empiezan a dar fin a su tropa. Como Miguel Ángel cuando se le acerca a Angelita.

Sólo me falta decir que la obra de Andrés Caicedo Estela nunca dejará de ser leída, pero, sobre todo, como los buenos autores y los mejores libros, nunca dejarán de escribir nuevas páginas. Porque él logró todo lo que soñó, dejó obra. Obra intachable e imborrable, y sus letras serán leídas en los recreos de los colegios, en la espera del bus de transporte y por qué no, al lado de su tumba todas las tardes.

Porque “todo en esta vida son letras...”  
Andrés Caicedo. - ¡QVLM! -

## NOTA DE AUTOR

Señor lector, si usted nunca ha escuchado de Andrés Caicedo, le recomiendo que se dé el placer de leer a uno de los más grandes autores que dio nuestro país. Tan grande que está a la talla de García Márquez, William Ospina y el mismo Fernando Vallejo, por nombrar algunos.

Y si esto por casualidad del destino llega a las manos de las hermanas de Andrés, les ruego, por cada alma caicediana, que por favor permitan la publicación de *Correspondencia*, permitan que Luis Ospina y Sandro Romero nutran un toque más esa maravillosa obra de Caicedo. Para bien de ustedes, de Andrés y cada caicediano que espera y le gustaría encontrar letras de sosiego escritas por este anacrónico hasta el día de la tan amada muerte.

## BIBLIOGRAFÍA

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (1971). *El atravesado*. Norma S.A.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS *Poetas del fin del mundo*. Obtenido de Infeción: El cuento más alucinante de Andrés Caicedo.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (2014). *Cuentos completos de Andrés Caicedo*. Bogotá: Alfaguara

LOPEZ, A. (4 de Mayo de 2017). *Revista Semana*. Obtenido de <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-escritora-calena-alejandra-lopez-presento-su-novela-el-vuelo-del-flamenco/524235>

OSPINA, L. (Dirección). (1986). *Unos pocos buenos amigos* [Película].

ROMER REY, S. (2007). *Andrés Caicedo o la muerte sin sosiego*. Bogotá: Norma S.A.

Sacheri, E. (2015). *Los dueños del mundo*. Buenos Aires: Alfaguara.

## Daniela Claros Copete

Estudiante de antropología de la Universidad Icesi.